



Revista Venezolana de Orientación

CARACAS
APARTADO 628

AÑO 20 - N° 195
MAYO, 1957

Venezuela está asistiendo a una avalancha inmigratoria que resulta impresionante si se la considera en proporción de su escasa población previa de seis millones de habitantes. En diez años han entrado en el país 500.000 extranjeros, de los cuales más de la mitad han quedado en Caracas. Sólo 25.000, es decir un cinco por ciento, han tomado carta de nacionalización.

Los datos, que nos suministra el Mensaje Presidencial del 25 de Abril, comprueban que la corriente inmigratoria va engrosando; pero felizmente el número de los nacionalizados en el último año ha sido de 6.671, para una admisión en el país de 64.000 inmigrantes. Es decir, la proporción de los nacionalizados supera al 10 por ciento. Los grupos extranjeros más numerosos son: Italianos, 144.000; Españoles, 132.000; Norteamericanos, 40.000; Portugueses, 35.000; Colombianos, 25.000.

Es evidente que estamos ante uno de los acontecimientos más trascendentales para el futuro económico, social y aun moral de Venezuela. La inmigración, por su magnitud relativa y aun absoluta, viene a constituir un problema social inmediato, aunque a la larga debe ser y será la solución parcial de nuestro grave problema demográfico. Esto explica dos corrientes contrapuestas de la opinión pública. Hay quienes ven con recelo y con hostilidad a los inmigrantes. Hay quienes esperan de ellos un rejuvenecimiento físico y moral de la patria.

Se acusa a los inmigrantes.

De venir a Venezuela, atraídos por el espejismo de una fácil y fabulosa riqueza venezolana de que se habla en Europa; sin ninguna simpatía por el país; con ansia de hacer fortuna en pocos años, y tornar cuanto antes a la patria en plan de nuevos ricos.

De manifestar un descarado complejo de superioridad, repitiéndose los casos de albañiles convertidos en maestros de obras; de maestros de obras convertidos en ingenieros y arquitectos, y, aun de simples campesinos con ínfulas de técnicos.

De huir del campo venezolano, al que se les llamó, en la primera oportunidad, para discutir al trabajador venezolano los empleos urbanos.

De realizar una competencia desleal al obrero venezolano, desplazándolo de las empresas por admitir salarios inferiores, trabajar horas extra y ceder ante las exigencias de trabajo dominical, contraviniendo a expresas determinaciones de la Ley del Trabajo y desbaratando conquistas laboriosamente logradas por el proletariado venezolano.

De realizar un boicot a los productos del país para fomentar el mercado de los productos de su patria nativa, evitando toda inversión en Venezuela, viviendo miseramente y enviando a sus familiares o reservándose celosamente para su regreso cuanto ganan con su afanoso trabajo.

De monopolizar, en muchos casos, ciertos negocios de transporte, de hoteles, restaurantes, botiquines, casas de vicio y negocios de dudosa fama.

¿Qué decir de estas acusaciones? Nosotros mismos, celosos defensores de la nueva política inmigratoria, iniciada en Venezuela, tenemos que reconocer que muchas de esas afirmaciones tienen base real en hechos tangibles e in-

LA
INMIGRACION

mediatos. Hace un mes aludíamos al desastroso influjo que la inmigración —a veces forzada— ha ejercido en la generalización creciente del trabajo dominical. Pero se trata de asertos generales que, por serlo, implican con frecuencia injusticias graves contra grandes sectores de inmigración, que han dado muestras de una profunda simpatía por el país, han aportado un esfuerzo generoso a su visible progreso actual, y aun han logrado conquistar el aprecio general. Para poner un ejemplo podríamos aludir a la colonia vasca, que fue la primera en llegar en gran escala desde hace dos decenios, la cual en su mayoría se ha radicado en el país y vive ejerciendo poderoso influjo en sólidas empresas de la construcción y de la industria.

Convendría también distinguir la inmigración oficialmente traída por el Gobierno, y la que llega en plan de turista que pronto se transforma en residente. Si se exceptúan ciertos grupos importados por Acción Democrática, los inmigrantes oficialmente admitidos, constituyen grupos más seleccionados.

Tampoco debe olvidarse que son muchos los millares de inmigrantes que se han repatriado, por no hallar trabajo en Venezuela.

Manifiestos aportes positivos.

El primero es el crecimiento demográfico. Ese crecimiento se ha de lograr en primer término por aumento de nacimientos y disminución de defunciones dentro del país. Lo que Venezuela está logrando en forma brillantísima, ya que las estadísticas de hace un año anuncian 270.000 nacimientos para 60.000 defunciones; es decir, un crecimiento vegetativo de 210.000 habitantes en un año; el mejor del mundo. España por ejemplo, con 28 millones de habitantes sólo alcanza un superavit de 300.000.

Pero no bastaría el crecimiento vegetativo. Italia, tres veces menor que Venezuela tiene 50 millones de habitantes. Venezuela apenas alcanza a 7 habitantes por kilómetro cuadrado. Con una densidad de población, como la italiana, tendríamos 150 millones de habitantes; cerca de 80 millones, con la mitad de su densidad. Venezuela, con su enorme riqueza minera, con su pasmosa capacidad de industrialización no puede contentarse con los 10 millones de habitantes anunciados para dentro de un decenio.

La corriente migratoria, además de sangre, que viene a remozar la venezolana, empobrecida por el clima tropical y por las endemias, ahora felizmente superadas, aporta al país, otras riquezas; la variedad de gustos y estilos en los construcción, en el arte, aun en la cocina; el espíritu de ahorro; el hábito del trabajo; en muchos casos, costumbres hogareñas, severas y sanas, sobre todo en lo que respecta a la fidelidad conyugal de los varones; hasta un espíritu más agresivo para la creación de nuevas industrias y fuentes de producción.

El problema moral de los inmigrantes.

Desgraciadamente muchos inmigrantes católicos, arrancados del calor hogareño y de los hábitos piadosos de su ambiente social y religioso, arrojados, en la aventura de la vida, al torbellino de la gran ciudad y a la lucha dura por la existencia, olvidan sus prácticas religiosas y causan penosa impresión de masas materialistas o metalizadas.

Sabemos que desde el Papa hasta nuestros Prelados se interesan por este problema, grave en sus proyecciones para la fe de nuestras futuras generaciones. Las colonias van teniendo sus capellanes, sus misas, sus centros sociales. Esto resulta mucho más fácil en grupos raciales reducidos, como el húngaro o el croata; mucho más difícil en colonias numerosas, como la italiana, la española o la portuguesa. Pero nos consuela saber que existe preocupación y se hacen esfuerzos saludables en esta dirección.

En números sucesivos nos proponemos analizar proposiciones sólomente enunciadas en esta síntesis. No puede hablarse superficialmente y por afirmaciones genéricas sobre la inmigración. Muchas son las naciones americanas que le deben su grandiosa transformación: Norteamérica, Argentina, Canada y El Brasil, para citar algunos ejemplos.

En estos días de sorprendente transformación de Venezuela, la inmigración debe ser uno de los factores mejor estudiados, mejor controlados y más eficaces.

M. A. E.